

## Mal avenidos

Cuando en las instituciones de Madrid o de Sevilla tratan de asuntos relacionados con nuestra comarca y no deben decidir sobre lo obvio, cuando hace falta una decisión política y hay que optar entre los otros y nosotros, nosotros llevamos las de perder casi siempre. Ejemplos hay de sobra, y están en la mente de los amables lectores de este artículo. Lo mismo nos ocurre con los partidos políticos. Tampoco para ellos somos importantes: ningún político nuestro tiene verdadero peso en ningún sitio, ninguno de nuestra zona ocupa un escaño en Madrid y sólo una aspira a un escaño en Sevilla. Como le ocurrió al señor Cayo, nos visitan para pedirnos el voto, nos sonríen y nos prometen, pero luego, a la hora de la verdad, nos ningunean.

Desde luego, el que seamos pocos y pobres y estemos lejos no ayuda nada a quienes deben representarnos, pero menos aún ayudan las penosas disputas entre partidos, las luchas entre pueblos, el ponerse a disposición del partido antes que a disposición del vecindario y el distinto lenguaje que se usa cuando se está en el gobierno y cuando se está en la oposición. La unidad no es un conjunto de acuerdos adoptados por unanimidad para pedirle cosas al Gobierno (que se pare el AVE o que la autovía Lisboa-Valencia pase cerca de Los Pedroches, por ejemplo), sino un sentimiento, un espíritu, algo que debe estar siempre latente y que sirve para sacrificar intereses locales o de partido en aras de los intereses colectivos. A las comunidades les pasa como a los individuos: para que los respeten los otros, deben antes respetarse a sí mismos. Desgraciadamente, no ocurre esto en Los Pedroches, donde sólo unos pocos se sacrifican por el conjunto, y, claro, así nos va.

Juan Bosco Castilla